

Dagmar Geisler



**¡Todo  
controlado,  
chicos!**

Los  
caóticos  
cómicos  
de Luis



Título original: *Bleibt locker, Leute!*  
Escrito e ilustrado por Dagmar Geisler  
[www.dagmargeisler.de](http://www.dagmargeisler.de)

1.ª edición: febrero 2012

© Deutscher Taschenbuch Verlag GmbH & Co. KG,  
München, [www.dtv.de](http://www.dtv.de), 2010

© De la traducción: Blanca Jiménez Iglesias, 2012

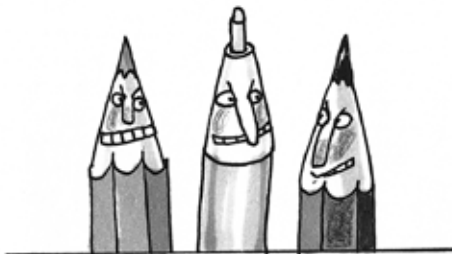
© Grupo Anaya, S.A., Madrid, 2012

Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid

[www.anayainfantilyjuvenil.com](http://www.anayainfantilyjuvenil.com)

e-mail: [anayainfantilyjuvenil@anaya.es](mailto:anayainfantilyjuvenil@anaya.es)

Este libro ha sido negociado a través de Ute Körner Literary Agent,  
S. L., Barcelona - [www.uklitag.com](http://www.uklitag.com)



ISBN: 978-84-678-2918-1

Depósito legal: M-4.5816/2011

Impreso en Anzos, S. L.

Polígono Industrial Cordel de la Carrera

Fuenlabrada (Madrid)

Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas son las establecidas por la  
Real Academia Española en la nueva *Ortografía de la lengua española*,  
publicada en el año 2010.

*Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido  
por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes  
indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren  
o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica,  
o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte  
o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.*

Dagmar Geisler



Traducción de Blanca Jiménez Iglesias

ANAYA



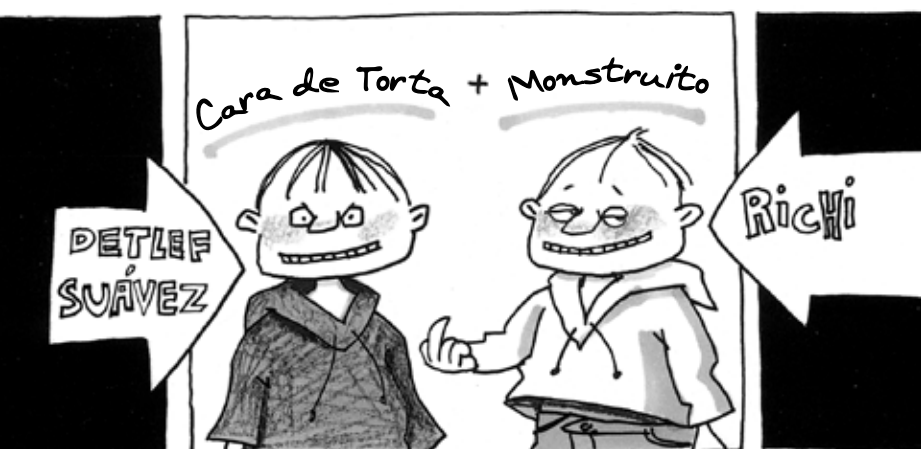
Es increíble. ¿Cómo alguien como Detlef Suávez, con esa cara de torta atolondrada, se atreve a llamarse a sí mismo Zorro? ¿Y si el auténtico Zorro lleva antifaz porque también tiene cara de torta atolondrada?



Detlef Suávez, así se llama el nuevo de la clase. Hay que tener valor. Si yo me llamara así, también me cambiaría el nombre. ¿Él, el Zorro? ¡Nunca!



Cuando Detlef y Richi, que son amiguísimos, llegaron a clase hace algún tiempo, pensé: «¿De dónde habrán salido estos pirados?». No hay quien los tome en serio. Eso mismo le dije a Vicente, que, por cierto, estaba totalmente de acuerdo conmigo. ¡¡¡Pero eso era antes!!!



En el recreo quise saber qué opinaba Cleo. Fue un segundo, pero Detlef no tardó en berrear: «Luis Baumann es una nenaza», y todos los que estaban a su alrededor se rieron a carcajadas. «Nenaza», ese calificativo ya se había pasado de moda cuando mi hermano estaba aún en cuarto de Primaria, hace por lo menos mil años.

«¡Luis está enamorado!», canturrearon todos a coro.

¡No lo estoy! ¡Ni mucho menos! Pero eso les importaba un bledo, así que me encogí de hombros y me señalé la sien con el dedo índice.

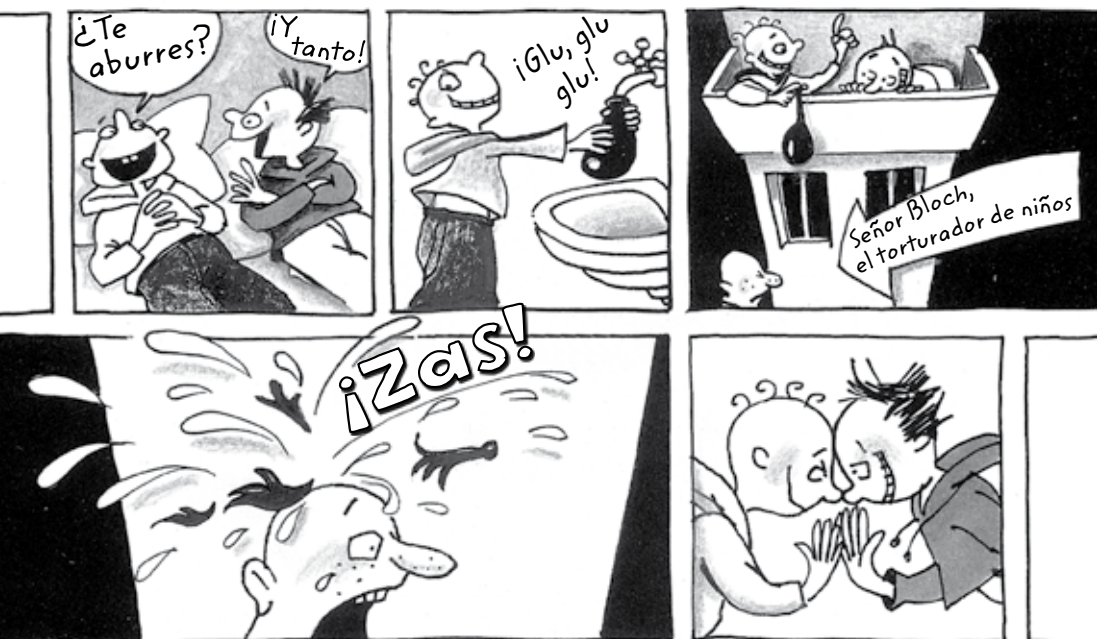
—¡Ni lo intentes, tu cerebro está de paseo!  
—gritó Richi y, de nuevo, todos se rieron a carcajadas.

Por cierto, el comentario lo ha sacado de la serie de televisión más estúpida de todos los tiempos. Me di la vuelta y me fui.



No quiero tener nada que ver con esos idiotas. Estaba convencido de que Vicente me apoyaría, pero no lo hizo. Fue ahí donde empezaron todos los problemas...

Vicente es mi mejor amigo. Nos conocemos desde hace siglos. ¡Incluso ha veraneado con nosotros! ¡En el extranjero! Nos lo pasamos genial. ¡De verdad! Normalmente solo están mis hermanos, pero con ellos no se puede contar. Ni siquiera con Julián, y de Jess mejor ni hablar.







Aunque no nos vayamos juntos de vacaciones, Vicente y yo nos vemos a todas horas. Nunca nos aburrimos. Y si se da el caso, siempre se nos ocurre algo para acabar con el aburrimiento.

Sin embargo, las cosas han cambiado desde que llegó Cara de Torta. Al principio pensé que eran imaginaciones mías. Pero ayer estaba justo delante del colegio. ¡Solo! No había nadie a cien kilómetros a la redonda. No podía pasar inadvertido de ninguna manera. De pronto apareció Vicente. Pasó de largo, como si llevara una venda en los ojos. Vamos, ni que se hubiera quedado ciego o sordo.

—¡Vicente! —aullé, pero ni siquiera se volvió.

Zorro y Richi, que iban detrás de él, sonrieron estúpidamente.

—¿Qué pasa, Luisito? ¿Dónde has dejado a tu mami? —murmuró Richi.

Yo, como quien no quiere la cosa, le puse la zancadilla. Una pena que esa monstruosa babosa no tropezara.





Más tarde, en clase, Vicente afirmó que no me había visto. Dijo que iba pensando en las musarañas. Me gustaría creerle, pero por mucho que lo intento no lo consigo. Además, creo que metí la pata:

—¡Para pensar se necesita un cerebro!

Se enfadó muchísimo.

¡Eh, era una broma! Siempre hacemos esa clase de chistes. Yo puse mi mejor sonrisa para que se percatara de que no estaba hablando en serio. No sirvió.

¡Jolín! No queda nada para que acabe la mañana. Casi podría decir que ya ha empezado el fin de semana, ¿por qué tiene que fastidiarlo todo la señorita Herrerillo?

La Herrerillo es nuestra profesora. En realidad se apellida Herrerillos, pero la llamamos la Herrerillo porque tiene uno. Al menos eso dice Julián, y él debe de saberlo.

Hasta ahora siempre me ha parecido muy agradable, pero claro, hasta ahora no me había dejado en ridículo delante de toda la clase. Y todo porque Zorro no sabe redactar. ¡Y yo qué culpa tengo!



La señorita Herrerillo sonríe superamable con el cuaderno de Zorro en la mano. Parece que está a punto de pasarle la otra mano por el pelo. Lástima que no lo haga.



En lugar de eso le susurra que no se preocupe, que está segura de que con un poco de práctica escribirá unas redacciones estupendas. Además, le insiste en que cuenta con todo su apoyo. Su voz parece la de un anuncio de suavizante o de esos de chocolate en los que hay vacas felices. Anormal. Entonces añade que le va a mostrar un ejemplo excelente de una buena redacción:



—Luis, ¡acércate, por favor! —gorjea mientras mira a Cara de Torta.

A continuación, me entrega una hoja con un texto que yo mismo he escrito. La ha sacado de mi cuaderno porque es muy bonita. Quiere que la lea en voz alta. Como es normal, pienso que se trata de la historia que le entregué hace poco. Aquella en la que papá y yo vamos a escalar, aquella de la grieta en el glaciar, en la que se rompe la cuerda y casi nos caemos y, por poco, nos congelamos. En la que los buitres vuelan en círculo sobre nuestras cabezas. Aquella donde, en el último momento, llega el servicio de salvamento y nos rescatan arriesgando sus vidas. Es una historia muy guay y me esforcé muchísimo en contarla de tal manera que dejara boquiabiertos a los lectores. En realidad, papá solo se torció un tobillo, pero que acudió el servicio de salvamento es verdad.

Se llama libertad poética, lo explicó la Herre-rillo. Sin embargo, y solo cuando ya he leído las primeras líneas me doy cuenta de que la profe me ha dado otra redacción completamente distinta. Esta es antiquísima. Tiene por lo menos ocho semanas.



Se titula: ¡Mis mejores vacaciones!

¿Y qué culpa tengo yo de haber pasado las vacaciones en casa de mi abuela y de que coincidiera con que el gato tuvo crías? ¿Qué culpa tengo yo de que no pasara nada más? Jopé, solo es una redacción y teníamos que emplear muchos adjetivos. ¿Y yo qué le voy a hacer si las fierecillas eran preciosas, con sus naricillas rosadas y un pelo suave y esponjoso?

Lo peor no es que Paula, la amiga de Cleo, esté obsesionada con los gatos. Lo peor es que no sabe estarse callada y, cuando termino, grita «¡Qué monooo!». ¿Mono? Yo no he utilizado esa palabra, jamás lo haría. Pero eso a Detlef Cara de Torta Suávez le da igual.

—¡Qué historia tan mona! —dice con una sonrisa burlona.

Richi, que siempre lo imita, suelta una risa sarcástica:

—¡Una historia mona! ¡Luis es mono!



A mí me gustaría darles un monísimo puñetazo, pero no puedo porque la Herrerillo está mirando.

Encima, ahora viene directa hacia mí. ¿No querrá acariciarme el pelo, verdad? Yo retrocedo.



¿Por qué tiene que estar la maldita papelera precisamente donde pongo el pie? ¿Acaso es culpa mía que alguien haya tirado las peras pochas?

Todos se ríen, excepto Vicente y, por fortuna, Cleo.

¡Esperad y veréis!

Hace tiempo que confeccioné una lista negra de la risa y aquellos que figuran en ella recibirán su merecido. ¡Y tanto!